

si bien pueden aparecer explicados de pasada en el transcurso del texto, no quedan resaltados (caso de los ejemplos referidos a la narrativa, donde las relaciones entre historia y discurso quedan algo diluidas: modo, punto de vista, voces, etc.)

Es verdad que el campo en el que nos movemos, un método para analizar textos, no puede aspirar a ser definitivo, sobre todo, cuando disponemos de un aparato teórico cada vez más amplio y con mayores posibilidades incisivas. De ahí, que buena parte de la bibliografía existente, netamente pedagógica, tenga poco en común y dependa en buena medida del concepto de practicidad de cada autor y del espacio de aprendizaje, más o menos delimitado y preparado, al que vaya dirigido. En cualquier caso, el texto de Manuel Camarero responde perfectamente a los objetivos por él declarados.

M.^a del Carmen SÁNCHEZ GARCÍA

McKerrow, Ronald B.: *Introducción a la bibliografía material* (Madrid: Arco-Libros, 1998).

En los últimos meses han aparecido diversas traducciones de obligada referencia para todos aquellos que se interesan y se acercan al estudio del libro antiguo. Tal vez una de las más esperadas es la realizada por Isabel Moyano Andrés del libro de Ronald B. McKerrow *An introduction to Bibliography for Literary Students*¹. Julián Martín Abad engrandece de nuevo la colección *Instrumenta Bibliológica*, que sabiamente dirige, con otro trabajo que nos proporciona una ayuda inestimable.

El corpus del libro va precedido de una *Lista de las ilustraciones* y una jugosa *Introducción* a cargo de David McKitterick, añadida al texto en una edición reciente². En ella muestra minuciosamente las circunstancias que rodearon la elaboración, publicación y evolución de esta obra, que arranca el camino de lo que constituirá la bibliografía material.

A continuación se desarrolla el *Prólogo* donde el autor explica la finalidad pretendida. Seguidamente encontramos la *Bibliografía* que McKerrow considera de interés para los estudiantes, a los que mayoritariamente va dirigido su estudio.

El contenido del libro se desarrolla en tres partes. El tema de cada apartado lo resume así el propio autor: «En la primera parte estudio principalmente la fabricación del libro desde el punto de vista de los productores: el cajista y el tirador. En la segunda parte estudio el libro terminado y, por decirlo así trabajo hacia atrás partiendo de él [...]. En la tercera analizo, aunque muy brevemente, la relación entre el texto final y el manuscrito del autor [...]».

Se incorporan en esta traducción ocho apéndices complementarios del mismo autor: I, *Apunte sobre la imprenta, su origen y desarrollo*; II, *Los tipos de imprenta. Apunte general sobre su desarrollo primitivo. Los tipos en Inglaterra. Los tamaños de los cuerpos de los tipos. La «m»*; III, *Apunte sobre el uso de algunos caracteres en la imprenta*.

¹ Ronald B. McKerrow: *An introduction to Bibliography for Literary Students* (Oxford: Oxford University Press, 1927).

² David McKitterick: *An introduction to Bibliography for literary Students* (Winchester - New Castle - Delaware: St Paul's Bibliographies - Oak Knoll Press, 1995).

ta inglesa: *f* y *s*, *i*, *j* u, *v*, *w*; ligaduras; signos de puntuación y otros; IV, *Abreviaturas y contracciones en los libros impresos antiguos*; V, *El plegado en 12.º y en 24.º*; VI, *Acerca de la impresión policroma*; VII, *Breve lista de algunos nombres latinos de lugar más difíciles*; VIII, *Anotación sobre la escritura manuscrita isabelina*. Un provechoso índice analítico cierra la obra.

La primera parte se compone de once capítulos que cumplen correctamente la función descriptiva que se les ha asignado (destacamos la importancia de catorce ilustraciones en este cometido). No obstante, acaso sea necesario advertir que McKerrow se ciñe exclusivamente al ámbito anglosajón. Quedan de manifiesto los distintos modos de proceder respecto a las imprentas españolas (por ejemplo en la práctica de contar el original del autor antes de componer, procedimiento habitual en nuestros talleres y ocasional en los ingleses), aunque no por ello deja de ser ilustrativo.

La segunda parte, de diez capítulos, resulta, tal vez, la más reveladora. En ella trata de resolver las cuestiones clave: cómo fijar la importancia de las ediciones, aclarar la posibilidad de que ciertas partes del libro se añadieran posteriormente y el método de evaluación de esos añadidos posteriores. Las tres preguntas están presentes a lo largo de todo este apartado, si bien se centran especialmente en su resolución los capítulos IV, VIII y IX.

Nos parecen decisivas las advertencias sobre el formato de los libros (esbozando la complicación del 12.º y el 24.º, tratada con detenimiento en el *Apéndice V*), así como la prevención sobre las particularidades en la datación de los impresos (junto con los recursos en los que podemos apoyarnos para llevarla a cabo correctamente) y la introducción de la diferencia entre original del autor y libro impreso (idea fundamental para la crítica textual).

Cabe añadir, sin embargo, ciertas precisiones. Sobre los problemas para la transcripción de portadas (por la conservación de los tipos especiales que aparezcan en el original) observamos que en algunos casos han sido salvados modernamente por el uso del ordenador, aunque no dejan de ser interesantes por las diversas soluciones planteadas, igualmente válidas. Respecto a la colación no nos parece acertada la recomendación de ignorar las «hojas desaparecidas» al final del último cuadernillo de un libro e indicar la colación tal como actualmente se presenta, por ejemplo *Z*⁵. A nuestro entender resulta más conveniente considerarlo como si fuera par, señalando, eso sí, la falta del último folio porque la pérdida involuntaria de las primeras y/o últimas hojas de un ejemplar resulta tan habitual, que podría dar lugar, en numerosas ocasiones, a no dar la colación completa de los ejemplares. Respecto al capítulo III, *Sobre el significado de los términos «edición», «impresión» y «emisión»; y modo de saber si dos ejemplares pertenecen a la misma edición, o no*, sigue siendo obligada (posiblemente más que nunca) la consulta del ya clásico artículo de Jaime Moll³ donde aborda este espinoso asunto para adecuar la confusión terminológica, si bien la aplicación de dicho léxico resulte susceptible de duda en algunos casos⁴.

³ Jaime Moll: «Los problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro», en *Boletín de la Real Academia Española* (1979, tomo LIX, Cuaderno CCXVI, enero-abril, pp. 49-107).

⁴ Vid. Mercedes Fernández Valladares: «Análisis material y control bibliográfico del libro antiguo: un ejemplo a propósito de la obra de Martín de Frías», en *Revista general de Información y Documentación* (vol. 8, n.º 1. Servicio de Publicaciones Universidad Complutense, Madrid, 1998). El artículo, a nuestro entender, demuestra la delgada línea que separa lo que puede entenderse por intencionalidad y lo que puede tenerse por accidental.

En la tercera parte al autor abunda en la relación entre el manuscrito original del autor y el libro que sale de la imprenta. No podemos trasladar las conclusiones del ámbito anglosajón al español porque los datos y el proceso de producción no coinciden. Sin embargo, el punto de partida —la no conservación de los manuscritos de autor que se utilizarían en el taller del impresor, imprescindibles para saber el grado de fidelidad con que se seguían— y el procedimiento que McKerrow mantiene —el intento de explicar, a partir del punto de vista de los diferentes trabajadores del taller (cajista, operarios que manejan la prensa, el corrector...), hasta qué punto se mantiene la voluntad del autor —nos parecen indudablemente interesantes por su aplicación al ámbito de la crítica textual.

La importancia de los ocho apéndices siguientes se intuye, sin duda, desde el propio título y se confirma con su lectura. Dado que no podemos detenernos en el contenido de todos, destacaremos el segundo: *Los tipos de imprenta. Apunte general sobre su desarrollo primitivo. Los tipos en Inglaterra. Los tamaños de los cuerpos de los tipos. La «m»*. Constituye un resumen de la evolución tipográfica de la imprenta en Europa, con un especial detenimiento en Inglaterra. McKerrow clasifica los distintos tipos de letterías más comunes, cómo fueron apareciendo y cómo llegaron a extenderse mayoritariamente. Dentro de la tipografía inglesa se detiene en el diferente tamaño del cuerpo de los tipos y en la explicación de por qué la *m* constituye la unidad de medida para pagar a los componedores y para medir la longitud de las líneas.

En definitiva con estas líneas dejamos esbozada la decisiva aportación de este texto, convertido ya en referencia obligada, a las investigaciones sobre el libro antiguo. También hemos de reconocer que aumenta nuestra añoranza por esa *Historia de la imprenta en España*, todavía por escribir. De cualquier modo, reiteramos nuestro sincero agradecimiento a todos los que han hecho posible que esta necesaria traducción esté a disposición de todos.

Eva M.^a GARCÍA GARCÍA

GARCÍA GILBERT, Javier: *La imaginación amorosa en la poesía del Siglo de Oro*, Cuadernos de Filología, Anejo XII (Valencia: Universitat de València, 1997), 132 pp.

Parece un tanto paradójico que algo tan humano como la imaginación no tuviera camino fácil para desarrollarse, dentro de una etapa artística que tuvo al hombre como centro cósmico y, por lo tanto, referente ineludible de sus creaciones: el Renacimiento.

Sin embargo, así lo ilustra con bastante profusión, a título de introito, el primero de los cinco capítulos en que García Gilbert ha dividido su trabajo. La imaginación, en el sentir de filósofos, religiosos y moralistas, era campo peligroso para los desafueros de la libertad, ya que no física, sí mental, del hombre de la España renacentista. La llamada «bestia salvaje» por Fray Luis de Granada y terror de Santa Teresa, se mostraba presta a devorar los esforzados logros de la virtud. No obstante, fue precisamente en el terreno religioso donde se dio el primer paso para, dado que no podía ignorarse la fuerza de la imaginación, emplearla en provecho espiritual del individuo. Así los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio la recomiendan como vehículo de acercamiento, casi visuali-